

Paternalismo y democracia, en la Historia y en la escuela.

Mesa redonda.

Alfredo López Serrano

San Lorenzo de El Escorial, 9 de julio de 2009.

Pido disculpas con la falta de precisión terminológica y aun conceptual en términos jurídicos. Mi aportación en todo caso vendrá de la historia, es decir, de una visión diacrónica, tal vez exagerada, pero de alguna manera intentaré mostrar cómo la sociedad y la ciudadanía tiene elementos retardatarios que hacen que la situación de los ciudadanos, en ocasiones, no cambie tanto como parece.

Parafraseando a Marx, podríamos decir que la historia ha sido una sucesión de paternalismos.

1ª fase. Desde la Antigüedad, no exento de amos bondadosos, hasta la democracia contemporánea teledirigida podemos encontrar muchos ejemplos de como se ha acallado al pueblo con pan y circo, ayudas y entretenimiento, en lugar de permitir la madurez cívica de la población mediante la educación rigurosa, la participación y la corresponsabilidad en todos los ámbitos en donde cada ciudadano tenga que tomar decisiones.

Marx apreció un cambio entre el mundo romano, que ejemplificaba el modo de producción esclavista, y el modo de producción feudal, que simbolizaban los siervos. Pero la palabra romana para esclavo era “servus”.

2ª fase. Lo feudal, se es de la tierra, se pertenece a ella, mimetizados. Cada persona tiene unas características dependiendo de su medio. En cuanto a los vasallos: los nobles existen y tienen una relación personal con otros nobles y con el rey. El inferior tiene que dar auxilium, consilium y fidelitas.

Por cierto, que pese a las diferencias, en ambos casos se daba un claro “paternalismo”. El pater familias y el señor feudal lo tenían. Curiosamente, aunque la palabra paternalismo venga de Pater familias, los romanos eran poco paternalistas con sus propios hijos, a los que trataban como adultos desde muy jóvenes, casi niños. No se trataba de mimarlos, ni de dar ejemplo, ni de perdonar sus faltas pacientemente. Más bien era como en el ejército. Puedes hacer lo que quieras, pero después tienes que cumplir, tienes tus responsabilidades. Hoy parece que hemos olvidado este principio, y tutelamos a hijos y alumnos demasiado tiempo, privándoles de los efectos de sus responsabilidades, pero en el fondo maleducándoles en la ciudadanía.

Y no tenemos clara ninguna alternativa. Los jóvenes romanos eran realmente bárbaros, sus travesuras tan brutales que no queríamos verlas hoy en nuestros jóvenes. Probablemente no tengamos, a corto plazo, otra alternativa que hacer lo que hacemos (¿es que tenemos otro modelo familiar que la familia patriarcal? Tal vez con los nuevos cambios, pero estos acentúan el paternalismo, no del padre o de la madre, pero sí del Estado vía televisión, que es una trampa para la ciudadanía, incluso para una vieja palabra, para la libertad, no en el sentido de que no te dejen hacer lo que quieres, sino de no saber qué es lo que se quiere hacer).

3ª fase. En cuanto a los súbditos de una monarquía absoluta, eran ahijados de un soberano que era usualmente comparado con un padre. El rey velaba por sus súbditos: es el concepto de vasallaje extendido a toda la población. Naturalmente implicaba obligaciones mutuas.

4ª fase: la revolución liberal. Ciudadanos con derechos. Mala visión del paternalismo: todos son iguales, y por encima está la ley, ficción que nos iguala. Derechos sobre el poder ejecutivo, tenía algo de pendular, de reflujo y reacción frente al absolutismo (absuelto, perdonado). Todos están sometidos a la ley. Y sin embargo se afirman los derechos: esto dio lugar a un nuevo reflujo.

5ª fase: Reacciones nacionalistas (deberes hacia la nación), autoritarias (no todos somos iguales, se incide en las obligaciones, más que en los derechos). No se habla de ciudadanía, por las connotaciones anteriores, pero sí de ser hijos de una nación, deberes hacia la patria, etc... (lo que sin embargo contribuye a la consolidación de lo abstracto colectivo).

6ª fase: Participación, que algunos llaman republicana. Votos, naturalmente, pero también en el día a día. Participación supone derechos y deberes. Es un nuevo paradigma y llega como un mensaje claro: participación en el trabajo y también en los beneficios. Si le ponemos el apellido democrática a la participación entonces se entiende más: no se trata de ser una comparsa de poderes autoritarios, sino compartir el poder.

Pero aparece un subproducto de este tipo de sociedad: el Estado del bienestar, el Estado sobreprotector, papá Estado. La participación se reduce a la participación televisiva: estar enchufado es el sucedáneo más cercano que se concibe a la participación democrática. De nuevo aparece el problema paternalista, coartada del absolutismo, de los viejos poderes. Disfraz o adaptación de la tiranía a los nuevos tiempos.

La televisión como hábito de pasividad. Nadie te quita participar, pero has perdido músculo e iniciativa de tanto ver la tele, deportes, etc.

A donde quiero llegar es que no se sabe ser ciudadano y se duda cómo enseñarlo, pero en todo caso el tránsito del siervo al ciudadano es una cuestión de educación.

La escuela y particularmente los institutos de secundaria son piezas fundamentales del edificio democrático, porque constituyen su base y su futuro. Si nos limitamos a hablar de la teoría de la participación ciudadana y no la llevamos a la práctica en nuestros centros (y tenemos buenos ejemplos, dentro y fuera de España para iniciar el camino), si simplemente hablamos a nuestros alumnos de derechos, sin darles posibilidad de ejercerlos, de decidir sobre su vida, de que aprendan su responsabilidad y sus límites, de que tengan voz y voto frente a las míseras ayudas que sirven más para acallar protestas que para resolver problemas profundos, continuaremos con un paternalismo educativo que excluye de facto a los futuros ciudadanos no solo de la participación en la gestión de sus estudios y de los centros educativos, sino de la posibilidad de acostumbrarse a ser dueños de su propia vida.

Por eso cada vez habrá que hablar más de la diferencia entre la teoría de la democracia y de la práctica democrática. La escuela es el lugar ideal para iniciarse en dicha práctica ciudadana, ya que otros ámbitos de participación, el barrio, por ejemplo, han sido desmontados, barridos por el consumo, y otros, como internet, están empezando todavía. Los institutos y los colegios están ahí y antes de desmontarlos sería oportuno aprovecharlos como lo que están siendo: contravalor de los esquemas televisivos, telexcreméticos. Lugar para aprender a dialogar, a debatir, a organizarse para, hablando, entenderse y conocernos e intentar resolver problemas de la manera más justa, que es lo máximo a lo que puede aspirar la política.

Termino con un detalle significativo de las negociaciones entre la República Popular China y Tíbet en abril de 1951. Al traducir los documentos de acuerdo entre ambos hubo problemas con la traducción de “pueblo”: *Renmin*, en chino, *Mise* en tibetano, idioma en el que significa masa, en el sentido de “chusma”, que desde luego no incluía a los funcionarios, ni a los lamas, ni al Dalai Lama. Fue difícil encontrar una palabra general, es decir, que los conceptos de una lengua reflejan su historia. Cambiarlos, en ocasiones, es el comienzo de cambiar una sociedad.